



EL MUNDO CATÓLICO

LA RELIGIÓN DEL ESTADO, ES LA CATÓLICA, APOSTÓLICA ROMANA
[Cap. III, Art. 5 de la Constitución.]

OFICINA
Calle de Ituzaingó Núm. 211

EDITOR RESPONSABLE, J. M. ROSETTE

SUSCRICIÓN MENSUAL
Un Peso Moneda Nacional.

EXTERIOR

San Petersburgo.

15 de Mayo.

La grande exposición nacional étnográfica se abrió el domingo en Moscú habiendo presidido la solemnidad de su inauguración el gran Duque Waldemiro. Acompañaban al príncipe, además de su comitiva, diputaciones de las diferentes academias y cuerpos científicos de la antigua capital del imperio, y delegados de la Sociedad de Amigos del País.

Después de haber recorrido el local y deteniéndose a examinar los grupos y estatuas que forman el objeto de la exposición, el gran Duque se dirigió al salón universitario, donde se hallaba reunida la comisión a cuyo cuidado ha corrido la organización de la exposición, la cual dio cuenta de sus trabajos y sometió al príncipe como a su presidente el dictamen de la misma sobre distribución de premios en favor de los que más mérito han contraído en la realización de esta empresa de interés nacional.

Ha sido muy admirado el discurso que en esta ocasión ha pronunciado el gran Duque, pues siendo un joven de veinte años y teniendo que hablar delante de una reunión de sabios y de profesores, muchos temían que se cortase y nadie esperaba más que un discurso de cumplidos y que no pasara de generalidades. Pero no ha sido así; el príncipe se expresó con modestia y como hombre versado en historia natural y familiarizado con la buena literatura. Ha recibido una educación muy esmerada y su afición a las letras inspira mucha confianza a los que las cultivan, quién nos esperan tener en el Gran Duque Waldemiro un abogado y un patrono del trono.

Este país se halla actualmente bajo el influjo de una reacción digna de estudio y cuyos resultados pueden ser muy fecundos. Desde los días de la Gran Catalina, los rusos se habían acostumbrado a imitar todo lo que veían en los países extranjeros, creyéndose estar así a la altura de la civilización la más adelantada y su amor propio nacional se hallaba satisfecho; pero la guerra de Crimea vino a sacarlos de una grande ilusión, pues se apercibieron que su administración

era muy defectuosa y los había hecho aparecer débiles, cuando se creían fuertes. Desde entonces acá han hecho un severo examen de conciencia; han conocido que poseen elementos de gran valor y se han dedicado a estudiar los medios de utilizarlos. La viva imaginación de la raza es aviva en la enajenada de la idea y tal vez, la exagera, pues así como antes era moda admirar las cosas de extranjeros, ahora solo se cree bueno lo que es ruso, lo que se hace en Rusia, lo que arranca de tradiciones rusas. Esta reacción va más allá de lo razonable en algunas cosas, pero producirá un bien, el de persuadir a los rusos que los adelantos por que ambicionan tienen que ser el fruto de su trabajo y afanes, y como sucedió con los alquimistas que buscando la piedra filosofal, encontraron la química, a fuerza de tener fe en su país y en sí mismos, los rusos lo harán grande y ellos se harán dignos de los destinos a que aspiran.

La Sociedad de Amigos del país ha sido la autora del pensamiento de la exposición étnográfica cuyo objeto, como indica el nombre, es el de presentar la reunión de todos los tipos de las razas que habitan el imperio, pensamiento realizado por la circunstancia de colocar al lado de aquellos tipos la imagen en relieve de los hábitos y manera de ser de los pueblos. Al efecto en vez de una fría colección de figuras plásticas, se ha combinado la ciencia con el arte y el buen gusto, y en lugar de una galería de estatuas se ha formado un curioso e interesante panorama.

Pensóse en un principio limitar la exposición a los pueblos sujetos al imperio, pero amplióse la idea al impulso de consideraciones que bajo apariencias de simpatías de raza, abrazan una idea política, y se ha querido que en la exposición figuren como consanguíneos todos los pueblos que comprende la dilatada familia eslava. La invitación dirigida al efecto a los individuos de esta raza que habitan la Turquía y los dominios austriacos ha sido recibida con el mayor entusiasmo, y la exposición se ha visto enriquecida con multitud de objetos que realizan el brillante espectáculo que aquella ofrece.

Para que pudiese llenarse la idea de presentar una panorama de la

familia eslava así como de sus costumbres se necesitaba un local muy vasto, y no habiéndose encontrado otro el gobierno cedió el célebre pabellón de Moscú, tan admirado por los extranjeros y cuya longitud es de 680 pies sobre 260 de ancho. En este vasto anfiteatro perfectamente adornado y dispuesto, se hallan representados por familias, en grupos, ó formando poblaciones, campos, ferias, fiestas populares y reuniones privadas, *fac-similes* dignos así de todos los vasallos del Czar y además de todas las razas afines a la nuestra, siendo de advertir que las figuras y los trajes son reproducciones tan perfectas que encierran en Moscú varios de los individuos que han servido para modelo de aquellas, aseguran sujetos que han visitado la exposición, que los mismos retratados apenas se diferencian en sus caras.

Entre los compartimientos que hay en el panoráma, se admira el que presenta la imagen de una feria de un pueblo situado sobre una colina, cuadro que dicen estar ejecutado con una rara perfección, y en el que se observan los accidentes propios de una fiesta popular y de un mercado, al mismo tiempo que los de la vida doméstica de los campesinos rusos.

En medio del local y sobre uno de sus costados se ha construido una tribuna para la familia imperial, desde la que se domina todo el edificio y se descubren bajo el punto de vista más ventajoso curiosos objetos aquél encierra.

Mas allá de la feria se ven dos caseríos. Uno de ellos sostiene muestras de los diferentes artículos de fabricación doméstica más comunes en Rusia, y el otro es un modelo de la clase de habitaciones en que moran los labradores pobres. En el primero se hallan los productos consistentes en cuerdas, calzado, medias, velas de sebo, cerveza de jengibre y encajes ordinarios, cintas, zanarras, gorros, fajás y utensilios de todas clases, cuyos objetos están vendados para el público. El interior de la casa ó choza del labrador no da idea muy avenejada de la condición en que se hallan los individuos de esta numerosa clase, y hasta para dar a conocer lo atrasada que se encuentra la agricultura en nuestro país.

Algunas de las casas que se hallan en este mundo del dinero, y yo me listo de que una buena amiga, en yo vale algo también.

Yo estreché la mano de reconocimiento la mano de mi aya. ¡Cuál hubiera sido mi dolor si se hubiera separado de mi familia para ir a la casa que le designaba la vizcondesa!

Parecía que así aun era mía, y qué aun tenía un corazón que me amase y me comprendiese!

REVELACIONES.

Aquel noche el estado de la condesa se hizo tan alarmante que todos se reunieron alrededor de su lecho.

Ella apenas habló ya: se había despedido individualmente de todos los que amaba.

Por la tarde estuvo largo rato con mi padre: qué le diría en aquella hora suprema?

Yo no sé pero sospecho que le resumió todo la historia de mi vida, que le habló de sus padres y de su amor burlado de cuando había sufrido y de lo desdichada que había sido.

Al verme Eduardo se sobresaltó.

—Qué ha sucedido preguntó corriendo ansioso hacia mí.

—Magdalena ha muerto, le respondí.

—Allí qué susto me has dado pensé que

que tu padre, si yo hubiera contado la historia que a menudo a tu familia, no me habrías separado de tu lado, querida Valeria perdón a mí!

—Te perdono, dije endulcando tú, al recordarla de subito y con terror, que la susodicha en tu caserío has disputado con el vizconde?

—Y tú no por cierto, me respondí; nos hemos disputado al parecer los mejores amigos del mundo, y no hay duda de que el no haya empleado para hacerme olvidar lo que ilumina su ligereza: pero estas li-

tas órdenes se hallan reproducidas en los diferentes profesiones, los que pueden ser observados como si se hallasen en activo ejercicio. Véase al herrero, al carpintero, al carretero, al armero, a cuantos artes y oficios subvienen a las necesidades de los pueblos que viven bajo el dominio del Czar.

A la parte Norte del local se ha figurado una colina que representa escenas del Cáucaso. En el fondo de un valle aparece el monasterio que ocuparon los adoradores del fuego, cuyos últimos sectarios vivían no hace muchos años, y de cuya herencia se han apoderado unos monjes, protegidos en su nueva residencia por un fuerte situado a corta distancia.

La familia eslava que no habita los territorios del imperio se halla representada en la exposición por grupos de pilares, telches, servios, dálmatas, ilirios, samoyedas, aleutinos, de naturales de los dominios rusos, que acabaron de ser cedidos a los americanos y por último por figuras de las razas tártaras que recientemente hechos adquirió en el Asia central.

La botánica y la selvicultura han merecido la más cuidadosa atención de parte de los ordenadores de la exposición y pueden descubrirse en las plantas reproducidas cuantos signos estriores necesita la ciencia para clasificarlas.

Hallase también dispuesto un compartimento que contiene espuestos y a la venta un acopio de los trajes de que hacen uso las diferentes razas tanto de la familia rusa como de la eslava, cuyos tipos figuran en la exposición.

El Rey de Grecia que viene a despedirse con la sobrina del Emperador, llegó a esta capital el sábado último. Se está esperando a la familia imperial que regresa de Moscú. Después de la boda, la corte irá a Tsarskoe-Selo y en el entrante mes S. M. el Zarévitch y el gran duque Waldemiro saldrán para ir a visitar la Exposición de París.

Roma.

21 de Mayo.

Dícese que después de las fiestas en honor de San Pedro, el Papa presidirá una reunión general de obispos, en la que se discutirán los asuntos eclesiásticos.

No puedo decir lo que hay de

otras son ya tan repetidas, que estoy decidido a separarme de su amistad.

—Oh cuánto me alegro de esas espléndidas palabras, pero no importa, sabras la verdad de mis labios, Valeria es tu amiga.

—Porque preguntó mi marido con una mirada profunda y cambiando de color.

—No sé, . . . , yo iba a decir que tú habías amado a tu mujer. . .

—Pronunció estas palabras temblada, con tristeza y arrepentimiento de haber provocado aquella explosión.

—Cero Eduardo no se irritó según yo temía, siquiera mi mano, la estrechó con fuerza y dijo:

—Ven, valiente niña, que ya han llegado hasta ti las habilidades del mundo y lo siento mucho, pero has hecho bien en quererme conmigo: ¿quien te ha enterado de que dices la verdad, ha estado en aquella Gracia durante mi ausencia?

—No, le contesté: se lo he oido a ella; pero no aquí.

—Pues en donde? ofijo mi mano.

—En casa de mi padre.

—Ha ido ella allí?

—A ver a la condesa y en su casa.

—No me lo dijiste a mí ni fué tiempo para visitar a la condesa, a la que no traiba.

—Yo no comprendo just...

—Gesme de vergüenza de decirte...

—No me lo dijiste a mí ni fué tiempo

para visitar a la condesa, a la que no traiba.

—Yo no comprendo just...

—Gesme de vergüenza de decirte...

—Si, soy yo lo que hablaba por casu-

alidad, pues el pabellón, donde yo estaba,

comunicado con la habitación donde se hallaban ellos: dijó a mi padre que se ha

dejado vengar de su inconstancia en

ganarle contigo, pero que esta venganza

se volvería contra él, por que yo sería a

un acuerdo de mí, es capaz de tal

vendrá a verte, te hará sufrir con sus nra

acciones; pero nada temas, ni creas na

exacto y de auténtico en el rumor que ha cundido de una próxima y sanguinaria condenación del galicianismo por el Padre Santo. Es cierto que reina grande emoción en la embajada de Francia a consecuencia de este rumor. Mr. de Sartiges parece haber exagerado mucho en sus despachos. La noticia de que se retiraba este diplomático, se confirma. Por otra parte Mr. Sartiges no ha hecho todo lo que estaba en su mano para hacerse querer y se ha enajenado muchas simpatías.

Monseñor Dupanloup se encuentra en Fraisati, en la quinta «Taverna» propiedad del príncipe Borghese. Se asegura que el Papa le ofrecerá el capelo cardenalicio y que le ha invitado a residir en Roma, donde ocuparía el puesto del difunto cardenal Villecourt.

Los dos comités rivales, a saber, el comité neutral ó moderado y el del partido de acción llamado el «Centro de insurrección», están editando, a la ciudad eterna con el espectáculo, muy divertido por cierto, de sus luchas intestinas. Se obsequian mutuamente con folletos, con censuras, recriminaciones e invectivas de toda clase. El «Centro de insurrección» ha dirigido a su rival una terrible acusación firmada por «Algunos romanos».

Todos los esfuerzos de este «Centro» todas estas maquinaciones tienden a provocar un alzamiento contra la autoridad del Padre Santo y arrojar a Roma en brazos de la revolución y la república. En Florencia se conspira públicamente y sin que interyenga ese gobierno, que no hace mucho envió un representante suyo a Roma para asegurar al Papa que respetaría el poder temporal. El señor Ratazzi no parece dispuesto ya a intervenir en la cuestión en otro Asunto—S.

Marsella.

25 de Mayo.

De dos días acá parece que hemos vuelto al invierno. La temperatura ha descendido súbitamente a consecuencia de unas horribles lluvias que hemos tenido en la cuenca del Ródano, y el Tórmómetro ha bajado a 5 grados en la última noche. El telégrafo nos anunció ayer que el día anterior había nevado en Londres: la luna

lado muy infeliz.

—Oí esa mujer es una furia esclamó mi marido; y tu que has oido sus infernales palabras pero no importa, sabras la verdad de mis labios, Valeria es tu amiga.

—Y mi marido acercó su sillón al mio y me dijeron a su marido, aun que ya hacia tiempo que en el interior de su casa vivían en una división completa: sin embargo, no era posible hallar dos personas más

enemigas en serenidad y astucia.

—Y mi marido acercó su sillón al mio y con aquel eco de voz que él solo poseía:

—Yo amo a esa mujer porque negarla

es a él no llevarla, además de su belleza y de su gracia, sus continuas provocaciones, pues desde todo aquello que se la resiste y yo me resistí durante largo tiempo.

Poco después de haberla yo conocido, se separó de ella su marido, aun que ya hacia

tiempo que en el interior de su casa vivían en una división completa: sin embargo, no era posible hallar dos personas más

enemigas en serenidad y astucia.

Yo me cansé pronto del yugo con que

Gracia quería tenerme aprisionado: porque realmente, creí que he sido el solo bondad que te ha inspirado amor en el mundo.

Me fui a Inglaterra, y a mi vuelta crí

hallarla entretenida con otros, pero aun

que lo estaba, le desplazó de su casa, as.

que llegó, y me dió a entender, lo mis

mo que a todo el mundo, que yo era el

único dueño de su voluntad.

—Lo confieso, Valeria: yo venía arrui-

nado. Sandovil, al que yo conocía desde

hacía largo tiempo, me habló

no fué jamás tan caprichosa y malo como este año.

Esta perturbación general de la temperatura que se atribuye al efecto de los fuertes calores que últimamente hicieron desprender grandes masas de hielo en las regiones polares, y arrastraron hacia Inglaterra y el Atlántico una gran cantidad de esas masas de hielo flotantes.

La escuela del Mediterráneo hace ensayos de artillería muy interesantes cerca de las islas de Egipto. A finales del mes próximo ha de ir a Malta para salir al encuentro de la escuadra turca que acompañará al Sultan. Abdul Aziz vendrá con numeroso séquito visitando todos los acompañantes a la antigua ciudad de Oriente. Cuando se trate de despedir al fausto imperial, los Sultanes no se acuerdan de que su tesoro está exhausto y apelan a todos los medios de deshacerse a la multitud. En cuanto al fondo de los asuntos políticos, el viaje de Czar corre, peligro de hacer mal trago al del Sultan.

Por otra parte se temen hoy por la prensa alemana que empieza a reinar en la Bulgaria. —F.

Revista de Madrid.

Acaba de publicar el señor don José Caveda un libro que lleva por título: «Memorias para la historia de la Real Academia de San Fernando y de las Bellas Artes en España».

Siempre que al frente de un libro me encuentro en letras más grandes ó más pequeñas la palabra «Memorias», lo primero se me ocurre es decir: devuélvelas usted.

Però en el caso del libro del señor Caveda el título de «Memorias» me parece a mí que quiere decir recuerdos, esto es, recuerdo, señores, que aquí donde tanto papel se emborrana y tanto tiempo se pierde y tanto se derrocha, aquí se que se habla hasta por los codos y se escribe hasta con los pies, aquí donde todos somos hombrones públicos y cada hombre público tiene escrita y publicada su historia, a quién donde vive, triunfa y brilla tanta gente de historia, no hay todavía quien se haya decidido a escribir la historia de las Bellas Artes en España.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Vosotros direis:

«Hé aquí la obra de unos siglos bárbaros.»

Y después levantando la reflexión a la altura de nuestros tiempos os vereis precisados a esclarir:

«Que bien negocio sería convertir en caminos de hierro todas estas catedrales.»

Meditad bien la historia de las Bellas Artes en España, sería poner en las nubes la grandeza de unos si glos que nosotros en la plenitud de nuestra civilización moderna hemos declarado reos de la barbarie condonándolos a la execración de los siglos futuros.

La historia de las Bellas Artes en España sería nuestro proceso, y no habrá justicia en el mundo si nosotros nos constituyeremos en jueces de nosotros mismos e incurriremos en la atrocidad de condenarnos.

Pienso que nuestros pobres pintores y nuestros jefes arquitectos y nuestros presuntos escultores busquen en las obras de esos siglos barbares modelos que nunca consiguen imitar, pero nosotros no podemos hacerlos complices de esa manía puramente artista de volver los ojos

atrás, de retroceder, negando la evidencia de este progreso que nos empuja con esa fuerza íntima y prodigiosa con el propio peso empuja a los cuerpos que se despiden abandono a sí mismos.

En el fondo de mi pensamiento no estoy haciendo consquillas un gran desaiño y no me siento con valor para quedarme con esta incomodidad.

Aquí en secreto, en la intimidad de esta confianza que se establece entre el que escribe y el que lee, me atreveré a decirlo:

El terremoto de la verdadera civilización es el arte verdadero.

El arte propiamente dicho, sino es la fórmula es el sentimiento de la fórmula. Y los pueblos sin fórmula es sin Religión, sin moral, es decir sin Dios, no forman sociedades sino compañías de mercaderes.

Esto no se puede decir en voz alta, pero en voz baja, podemos continuar.

Decidme: ¿Dónde está el arte?

Esa pregunta se queda ahí esperando la respuesta, y conviene advertir que es un pregunta que no tiene prima.

El señor Caveda ha comprendido perfectamente que la Historia de las Bellas Artes es hoy más necesaria que nunca, precisamente por que ya no hay Bellas Artes, esto es, por que las Bellas Artes es un asunto que pertenece a la historia.

La civilización moderna puede escribir en su frente, como en la lápida de un sepulcro, este epitafio solemnísimo:

«Aqui yacen las Bellas Artes.»

Y hé aquí un capricho de las cosas, una especie de ironía con que los tiempos pasados se mosan de los tiempos presentes.

Para la civilización moderna, pasado quiere decir bárbaro.

Las obras del arte que todavía nos causan admiración y nos inspiran orgullo pertenecen a los tiempos pasados, de forma que en punto a Bellas Artes hay que retroceder mucho para adelante.

La civilización moderna grita: «Adelante.»

Las Bellas Artes dicen: «Atrás.»

El movimiento del siglo nos adrastra por la pendiente de los adelantos modernos a la plenitud de la civilización, y las Bellas Artes nos empujan hacia los siglos bárbaros.

No hay anterior que ilumine tanto el ambiente de un pueblo como la viva luz de las Bellas Artes, última expresión del genio humano y la civilización moderna en su marcha rápida y majestuosa va dejándose cada vez mas de la anterior que mas ilumina.

La civilización marcha. Las Bellas Artes retroceden. Hé ahí un contraste que merece estudio.

Por pronto hay que creer que las Bellas Artes y la civilización moderna profesan una enemistad profunda, pues se ve que todo lo que la una adolece la otra retrocede.

Conforme se va aumentando el número de los fibros pensadores se va disminuyendo el numero de los artístas.

Estos son los que creen que el arte es cuando menos una ligereza a causar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

Qualquier que sea el asombro que os cause la magnífica fábrica de la que se ha destruido de nuestras augustas catedrales, no podréis menos de pensar dos cosas, que el espíritu moderno os pondrá, digámoslo así, en la punta de esa lengua particular con que el hombre habla consigo mismo siempre que reflexiona.

Y con todo esto sería necesario para la perfecta inteligencia de la palabra «memoria» con la cual resultaría un título demasiado largo para un libro demasiado pequeño, el señor Caveda ha reducido el título de su libro a la modesta expresión de unas «Memorias».

Y en verdad que bien considerado el caso, es cuando menos una ligereza acusar a nuestros tiempos de la falta de semejante historia, cuando las ruinas de tanto monumento y el abandono de tanta obra de arte están desbarriendo por todas partes el pensamiento intimo de nuestro gran siglo.

